

Juan Ramón CAPELLA, *Los ciudadanos siervos*, Madrid, Edit. Trotta, 1993, 238 páginas.

Los que vamos para viejos, es decir, aquellos que el profesor Díaz incluiría en su particular taxonomía, en el apartado «raros e irreales» nos consideramos en deuda con Capella que en los años oscuros nos regaló *Derecho y Lenguaje*, libro que quizás por primera vez en el ámbito de nuestra filosofía jurídica introdujo la temática de la lógica moderna y el análisis del lenguaje. Posteriormente, quizás motivado por su militancia partidaria, derivó hacia el ámbito de la filosofía política e incluso llegó a «renegar» de aquél su primero y magnífico libro. En este ámbito se inscribe también el ensayo que ahora comentamos.

Queda dicho que prefiero calificar de «comentario» que de «crítica» las pocas páginas que el profesor Gil Cremades, me solicita sobre el mismo para nuestro *Anuario*. «Crítica» me parecería excesivo por dos razones: porque el crítico no tiene, en este caso, mayor autoridad que el criticado, sino menor, y porque, en estas materias, no me parece posible justificar la superioridad de ninguna ideología sobre las demás y la «crítica» me parece descansar en ese supuesto. Nadie puede, me parece, subirse a lomos de ningún interlocutor para proporcionarle una azotaina cuando el azotado tiene, por lo menos, los mismos títulos para convertirse en azotador.

Quizás habría una manera de ejercer algún tipo de crítica no altanero: limitarse a señalar *inconsistencias* (como Kelsen hizo con el marxismo), pero ese es un procedimiento dudosamente eficaz, pues aunque el criticado no pueda pretender tener razón manteniendo tesis contradictorias, alguien en su lugar puede arguir que al menos uno de los términos de la contradicción puede ser válido.

Cabe también subrayar insuficiencias, soluciones que sólo se apuntan pero no se desarrollan, males que se señalan pero para los que no se propone remedio o para los que se propone un remedio discutible, quizás porque ya fue ensayado sin éxito anteriormente. Pero este procedimiento es también de dudosa legitimidad y desde luego de muy poca eficacia, pues el «criticado» siempre puede escabullirse alegando que ninguna obra es completa, que el desarrollo de lo insinuado queda para otra ocasión y otras argucias por el estilo.

Lo que me parece que queda en el transfondo de lo que estoy diciendo es que las ideologías no pueden justificarse racionalmente, como pretendían los antiguos jusnaturalistas y los no sé si más modernos racionalistas (especie de jusnaturalistas laicos). En lo que, por cierto pudiera estar de acuerdo el autor, quien, en la página 55 de su libro escribe lo siguiente: «Como decía Albert Einstein, no es demostrable que no haya que exterminar a la Humanidad, o, en otras palabras, las cuestiones éticas no son susceptibles de prueba. Sobre ellas sólo se pueden emplear *argumentos*, que logren aceptación». Lo que parece situarle en el terreno del nocognoscitivismo y, más en concreto, en el del Stevenson de *Ética y lenguaje* que, según se le ha reprochado, parece convertir la moral en asunto de mera propaganda o en discusión entre rivales cada uno de los cuales están tan ayuno de «razones» como el otro.

No obstante reconozco que el párrafo es un tanto ambiguo, al indicar que de las «cuestiones» éticas no cabe ofrecer «pruebas» aunque sí «argumentos», lo que abriría la puerta a algún tipo de *fundamentación* de algunos juicios de valor. Lo que, por cierto, estaría de acuerdo con las rotundas posturas morales que el autor defiende. Un nocognoscitivista no se expresaría, probablemente, con tanta contundencia. En cualquier caso el párrafo que comentamos abre muchos interrogantes sobre el fundamento de la postura moral de Capella.

Esta obra, como la mayoría de las de carácter ideológico, contiene una parte dedicada al análisis o descripción de la realidad social y otra a proponer remedios para los males que el análisis ha descubierto y apenas hace falta añadir que la división no es tan tajante como acaba de decirse pues una cosa suele emparejarse con la otra. Pero si, pese a todo, mantenemos la distinción entre diagnóstico y terapéutica, pudiéramos decir que el primero se asienta sobre el de Marx, a mi juicio, completándolo (no «corrigiéndolo», como el propio autor escribe en la página 166). Se asienta sobre el de Marx

porque toma de él lo fundamental, lo que el autor llama «núcleo» del *Manifiesto*, que resume en estos términos: «a) que el modo económico dominante de producción y la estructura social que se deriva de él en una época histórica constituyen el fundamento sobre el que se basa su historia política e intelectual, la cual sólo puede explicarse a partir de esta base; b) que la historia de la humanidad ha sido una historia de luchas entre clases explotadoras y explotadas; c) que esa historia de luchas de clases ha alcanzado una etapa en la que la clase explotada y oprimida —los trabajadores de la era industrial— no puede liberarse sin liberar a toda la sociedad de la explotación y la opresión, esto es, sin poner fin a las luchas de clases» (pág. 160).

Cierto que Capella interpreta a su manera estas tres tesis marxianas, tratando de evitar dogmatismos y simplificaciones. Pero interpretar no es rechazar y, en definitiva, me parece que la postura moral de Capella no difiere en lo esencial del núcleo moral marxiano. Aunque lo que quizás pretenda es simplemente «conservar superando» como parecen indicar los siguientes párrafos: «El núcleo del *Manifiesto* contiene las tesis centrales de sus autores respecto al sentido de la actividad emancipatoria. Estas tesis parecen hoy insuficientes, pero la pregunta sobre el *sentido* de esa actividad es ineliminable, y probablemente haya que encaramarse sobre ese «núcleo» para ver más lejos». (pág. 160).

En cualquier caso el análisis de la sociedad capitalista que ofrece es bastante «clásico»: la burguesía explotadora se apropia del sobretrabajo y el Estado colabora ayudando directamente a la clase dominante, subvencionando a las empresas, asumiendo a las que se encuentran en quiebra y haciendo de guardián del orden económico, para que ningún insensato se atreva en ponerlo en cuestión como no sea con inofensivos verbalismos que no arrastran a nadie y dan al sistema buena conciencia liberal.

La democracia, en consecuencia con lo anterior aparece como la superestructura política de aquel sistema económico y padece los males y limitaciones propios de ese papel de gendarme que se ve obligada (pero es un decir porque lo hace voluntariamente) a asumir. La burguesía, clase socialmente dominante, lo es también políticamente y ejerce esa influencia política de mil maneras (una de las más notorias y eficaces el lavado de cerebro) y, en todo caso, siempre es capaz de poner el sistema político a su servicio, al servicio de sus intereses económicos. La democracia es seudodemocracia, democracia aparente o democracia a medias, que sufre las limitaciones de su papel vicario respecto del capitalismo. En substancia, lo que decía Marx. Pero también hay «correcciones» (que dije que prefería llamar «añadidos») que completan, sin modificarlo, el esquema marxista: la ecológica y la feminista.

Como su maestro Sacristán y como algunos excomunistas Capella parece «haberse pasado» al campo del ecologismo. En un apartado del capítulo que lleva por título *Leer el Manifiesto comunista* hoy, propone emprender «una corrección ecológica del Manifiesto» y escribe: «dado el saber ochocentista no era fácil ir más allá en este orden de problemas. Hoy sabemos sin embargo que las relaciones de tipo ecológico, entre los grupos sociales y su medio, son más básicas o fundamentales que las relaciones sociales de producción» (pág. 166).

La otra importante corrección es la «sexista». En relación con esto escribe: «No puede decirse que las alusiones a la situación social de las mujeres contenidas en el *Manifiesto* sean precisamente afortunadas. Así, se dice que las diferencias de sexo no tienen vigencia para la clase obrera: esta afirmación aparece en un contexto relativo a las consecuencias del maquinismo, pero no responde a un verdadero análisis del asunto, que mostraría, junto a la tendencia de la incorporación de la mujer al trabajo asalariado *además del trabajo doméstico*, la diferencia entre los asalariados y las asalariadas. Por otro lado, en un contexto distinto, dedicado a rebatir la coyuntural acusación de que los comunistas quieren instaurar la comunidad de mujeres, en el *Manifiesto* surgen ironías a propósito de la moral burguesa, ironías que en el fondo comparten con esta última algo del menosprecio sexista hacia la condición femenina» (págs. 200-1).

Pocos dejarán de hacer suyas, hoy en día, estas «correcciones», aunque, como era de esperar, Capella precisa: «la derecha social (¿hay aquí perdónese la intromisión,

una perversa alusión a la socialdemocracia?) se halla mal situada para afrontar este género de problemas, que no pertenecen al ámbito de lo privado. Algunas de las propuestas formuladas desde su perspectiva para afrontar las crisis ecológicas del planeta Tierra constituyen seudosoluciones, adormideras ideológicas, inconsistentes en términos de racionalidad técnica» (pág. 169).

En definitiva: el análisis de la sociedad occidental, que el autor nos ofrece, es más bien lúgubre. El lector se pregunta por el papel que ha desempeñado la antigua Unión Soviética en esta labor depredadora, pero no hallará (o apenas) respuesta a su pregunta. El gran Estado Comunista es también el gran ausente de la obra de Capella y parece quedar exculpado. Culpable es el capital.

La pregunta inmediata que la lectura del libro sugiere es la de cómo salir de tan desastrosa situación, pues obviamente con el diagnóstico no basta si no va seguido de un tratamiento eficaz.

Pudiera pensarse que lo que se nos propone es un cierto asamblearismo. Ciertamente todo el libro parece impregnado de ese espíritu, como suelen estarlo muchos de los escritos y de las actitudes de quienes vivieron y quizás no olvidaron del todo el Mayo del 68. Pero es obvio que ninguna sociedad organizada y completa, esto es, que quiera disponer de carreteras, hospitales, universidades, etc., puede funcionar con una estructura asamblearia. Las asambleas estaban bien (si de verdad estaban bien) para las luchas universitarias, pero no sirven para gestionar nada. En todo caso, me parece que las propuestas organizativas de Capella no van en esa dirección y que lo que he llamado su espíritu «asambleario» se refiere únicamente a los procedimientos y estructura del «partido», o de una parte del mismo, encargado de organizar la «liberación», de lo que luego diremos algo.

¿Qué otra cosa propone entonces? No descubro en el libro ninguna propuesta elaborada pero me parece que lo que al menos está implícito en él (y más concretamente en muchas de las críticas que hace a la sociedad capitalista) apunta al modelo de lo que, en un libro ya un tanto antiguo, llamé «sociedad autogestionada». Se trataría, para no entrar en demasiadas precisiones, de un modelo de sociedad en el que tanto el Estado como las restantes instituciones (y muy particularmente las económicas) se gestionarían en régimen de democracia directa. Se trata, como puede verse de una propuesta hiperdemocrática, bastante alejada del modelo vigente de democracia representativa (en el Estado) y de autocracia, más o menos camuflada, en la empresa. Y permítaseme aquí una observación marginal: parecería curioso que estas propuestas hiperdemocráticas provengan de los antiguos partidos comunistas, en otro tiempo defensores del estalinismo o, cuando menos, tolerantes con él.

Algo parecido a esto es lo que pudiera proponer el libro que comento y añadiré que la propuesta me parecería correcta, *desde la perspectiva del autor*, que también fue la mía en otras épocas más juveniles. Al fin de cuentas, la autogestión funcionó, en el plano económico (aunque no en el político, no hay que perderlo de vista), en Yugoslavia y no se ve que otra propuesta puede formular un pensamiento «liberador» o «revolucionario» en estos tiempos. Excluyo por supuesto el «begin the begin», esto es el volver a las andadas del viejo centralismo democrático, del papel dirigente del partido y demás monsergas.

Insisto en que la solución autogestionaria me parece acorde con el sentido de la crítica del capitalismo que Capella nos ofrece. Me parece a mí. Que también se lo parezca al autor es, por lo menos, dudoso. Por supuesto que una sociedad autogestionada no surge como por arte de ensalmo y ha de resolver problemas internos de envergadura. He aquí algunos: ¿qué papel desempeñarán en ella los partidos políticos? ¿cómo se garantizarán en ella las libertades públicas? Capella no entra en ello, quizás porque el modelo está, como dije, apuntado únicamente. Pero habrá de hacerlo si quiere dotar de credibilidad a su propuesta, en próximas entregas y, en cualquier caso, debería aclarar los perfiles del modelo democrático que quiere poner en lugar de la democracia burguesa.

En cualquier caso, si se quiere desmontar el capitalismo habrá que buscar quien lo haga, pues se reconocerá que la tarea no es baladí y quien se embarque en la aventura

habrá de amarrarse bien los machos, sobre todo a la vista de lo que ocurrió en la antigua Unión Soviética. Aquí Capella es mucho más explícito y se embarca en un análisis pormenorizado del «partido en sentido orgánico», en palabras de Gramsci a las que el autor recurre (pág. 226). Se trata de unas consideraciones lúcidas, tras las que quienes lo conocemos y queremos, pudiéramos entrever la experiencia política del viejo militante que fue.

Por de pronto nada de violencia, pues «un sistema social superior al existente no puede estar basado fundamentalmente en la violencia» (pág. 196). Con tan meliflua actitud sólo puedo manifestar mi acuerdo, añadiendo que las razones que alega me parecen muy sensatas e inteligentes.

¿Y qué hacemos con el partido? Capella no cree posible (aunque se adivina que le gustaría) quitárselo de en medio. La lucha político-parlamentaria sigue siendo necesaria, aunque no conviene perder de vista, avisa el autor, que hasta ahora ha sido siempre engullida por el sistema.

Pero el partido orgánico ha de recoger el impulso de los nuevos movimientos sociales (ecologistas, pacifistas, feministas, gays) integrados por personas de diversas ideologías (conservadores excluidos, al parecer), dotados de una mínima organización y sobre la base del trabajo voluntario de los «militantes». Cómo puedan integrarse estas estructuras orgánicas con el mazacote partidario es problema no resuelto, sobre el que el autor (que en este terreno extrema su sentido autocrítico) no se hace muchas ilusiones. Como tampoco se las hace sobre los riesgos de lo que él llama «babelización» de los movimientos sociales.

Todo ello parece constituir algo así como un programa de acción para *Izquierda Unida*, desde la particular óptica del autor, compartida, supongo, por otros colaboradores de la revista *Mientras tanto*.

De todo ello resulta una firme voluntad liberadora («revolucionaria» parecería excesivo): el propósito de asentar una democracia directa (o casi), de democratizar la empresa y la cultura, de instaurar un nuevo modo de vida alejado del consumismo y del materialismo imperantes, de resguardar el respeto de las personalidades individuales (su intimidad). Se perciben, insisto, los ecos lejanos de Mayo del 68.

Que todo ello sea o no realizable es asunto sobre el que cabe debatir largamente y en el que no vamos a entrar. Sólo diré, para acabar, que quienes hemos sido tocados de escepticismo no dejaremos de admirar, y quizás secretamente envidiar, a quienes siguen manteniendo encendida la llama de la fe y que porque creemos que ha de haber de todo en la viña del señor, saludamos la aparición de libros como *Los ciudadanos siervos*, impregnados de crítica (y autocrítica) de errores pasados pero mantenedores del viejo espíritu liberador.

Permítaseme una última advertencia: cuiden los creyentes de no caer en las redes de la hidra socialdemócrata, siempre dispuesta a atraparlos, en la «putrefacta» retórica del poco a poco y del paso a paso. Y, sobre todo, si se deciden a dar el salto en el vacío, procuren no poner las cosas peor de lo que estaban, pues a estas alturas ya deberíamos saber que los cambios pueden ser para peor. Advertencia ciertamente demasiado pequeño burguesa que no quiere rebajar en nada el juicio altamente positivo que el esfuerzo teórico de Capella así como su ejemplar empeño moral y la claridad y pulcritud de su prosa suscitan en el que abajo suscribe y espero que en los demás lectores de la obra, que espero sean muchos.

Luis GARCÍA SAN MIGUEL RODRÍGUEZ-ARANGO